

EL BLAN-BLAN DE LA MECEDORA Sentada en su mecedora doña María parecía dormir, aunque su cabeza no paraba de dar vueltas. No entendía por qué ser suegra era a veces tan complicado. -Juan, puedes llevarte esta revista a tu madre? -(enfadado), Mira, María yo ahora voy a trabajar y no a tonterías. ¿Qué molestia podía suponer llevarle a su madre, a quién vería de todas formas esa mañana, una simple revista que ni pesaba ni abultaba ¿ Este recuerdo la hacía mecerse con más fuerza: blan-blan-blan. Otro Yerno: Juani, dile a tu madre que no cuelgue su ropa interior en las calefacciones, que quita el calor. A un tercero, sobre su hermano en paro: -Felipe, que tal tu hermano? -con desgana) Bien, bien... -(Su hija en un aparte) Mamá, ya sabes que no soporta las preguntas personales. -¡Caramba, no voy a poder decir nada! En adelante Doña María se propuso ser simpática sin meterse en nada, cariñosa sin hacer preguntas.... Últimamente se limitaba a hablar del tiempo, de las gracias infantiles y en general de cosas neutras. -Huy, qué bien está mamá esta vez (señaló una de sus hijas). Sin embargo, ella pensaba que esto de ser tan discreta y prudente puede ser fácil si el trato es espaciado y escaso el roce. Pero cuando la convivencia es por fuerza más intensa, es casi imposible dejar de ser la misma. . 76 . Poco a poco fue sintiendo un ligero sopor. Pero antes de dormirse aún tuvo tiempo de recordar a aquella mujer del autobús que decía: -Voy a casa de mi hijo. Ya sabe, en casa de los hijos el pico cerrado y el bolsillo abierto. Una ligera sonrisa cruzó su rostro antes de que, poco a poco dejara de oírse el blan-blan de la mecedora. Salud

Andrés Aparicio